

EN BREVE:

OTELLO

EL MORO DE VENECIA

según la célebre obra de
SHAKESPEARE

PROTAGONISTAS:

Ika de Lenkeffy
Werner Kraus
Emil Jannings

Esta película pertenece a las

Grandes exclusivas "GAUMONT"

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 3

25 cts.



AMOR
DE MADRE

por
Mlle. Madys

FilmoTeca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción
Administración } URGEL, 32

BARCELONA

AÑO I

N.º III

AMOR DE MADRE

Argumento y *mise en scène* de
RENÉ PLAISSETTY

MARCA «GAUMONT»

Protagonistas: **Léontine Mapart**
Mlle. Madys



¡Cuánta miseria! ¡Qué ironía del Destino había en aquella pobre estancia! ¡Qué frío hacía en ella!

Era una mísera buhardilla, sin luz, apenas ventilada, cuyo ambiente estaba todavía cargado de fuerte olor a medicinas. Por todo mobiliario había un camastro a un lado y alguna que otra desvencijada silla que cubrían tristemente los claros enormes de las paredes blancas de cal.

En medio de tanta pobreza vivía María Janin, sola, sin familia ni amparo de nadie.

Hacia tres días que su desventurado esposo había fallecido tras cruel enfermedad que agotó los pocos recursos de muchos años de economías.

Durante la dolencia de su marido María hizo excesos de trabajo que quebrantaron poco a poco su salud, férrea en otros tiempos.

¡Pero cómo había de proceder si no entraba en la casa más dinero que el que ella ganaba, que no era mucho!

A pesar de sus desvelos y sacrificios su esposo murió y fué tal el golpe que el funesto desenlace la produjo, que enfermó repentinamente. El frío de la muerte no quería abandonar la estancia que la Invisible había visitado.

María estaba encinta, faltándole un mes y medio aproximadamente para alumbrar. Por tal razón, más que por su propia vida se inquietó por la del sér que, fruto de sus amores con el hombre amado desaparecido, llevaba en sus entrañas.

El Doctor Ducros, hombre de gran corazón, que visitó hasta sus postreras esperanzas al marido de María, últimamente sin querer cobrar un céntimo,—que bien sabía cuánto le costaba a la pobre esposa el ganarse un reducido jornal,—estaba allí, auscultando a ésta.

El hombre de ciencia, conmovido por la miseria en que vivía la viuda, sintió en el alma que su situación desconsoladora viniera a agravarse con una nueva fatalidad: los dolores de María anunciaban la liberación anticipada del sér concebido. El disgusto que tuvo

cuando se le llevaron para siempre a su querido compañero había adelantado el parto:

Con gran pesar dijo el doctor a María:

—Os debo una confesión inevitable: daréis a luz un hijo fuera de tiempo. Este sér no estará cabalmente desarrollado y es de temer que no viva....

—Doctor, ¿es posible tanto infortunio?—sollozó la mujer.

No se apure usted, amiga mía; el caso no es desesperado pero sí urgente. No tardará usted en desocupar; tan pronto como salga el feto habrá que llevarlo a una incubadora para que permanezca en ella hasta su formación total, o sea hasta que cumpla el período de los nueve meses.

—¡Oh, Doctor! ¿Cómo hacer lo que usted me dice? ¡No tengo dinero para ello!

—¡Bah; no hace falta! Tranquilícese usted; yo me encargaré de buscarle una incubadora gratuita.

—¡Gracias, gracias, Doctor! Usted ha sido para nosotros un verdadero protector. ¡Le deberé a usted mi vida si mi hijo vive!....

—Vivirá, María, vivirá. Ya lo verá Vd. Además, podrá usted ir a verle todos los días y de este modo usted misma observará su desarrollo normal, durante el mes aproximadamente que deberá permanecer en la incubadora.

—Si se muriera, Doctor,....

—Vamos, qué manía es esa de pensar en cosas tristes. Anímese usted, comuníqueme usted su alegría al sér que lleva, no vaya a salir llorando toda su vida. No ha de temer usted nada malo respecto al tiempo que pasará en la incu-

badora; es como si el feto se hallase en el vientre de la madre, pues la vitrina en que se encierra aquél, está graduada a la misma temperatura de calor de la cárcel materna.

—¡Sí, sí, Doctor; que viva, que pueda vivir.... que no me abandone también él!

El galeno se marchó con el corazón lleno de deseos de hacer una nueva buena acción.

El interés que el Doctor se tomó en proporcionar al hijo de María una incubadora para tan pronto naciera, no fué coronado por el éxito. Desgraciadamente, no había ninguna disponible en las instituciones gratuitas.

Aquel mismo día, comentando el Doctor con un amigo suyo, durante una velada aristocrática, el terrible trance por qué iba a pasar la viuda, sus palabras fueron escuchadas por una dama rica de alma noble que, bendiciendo al cielo por la ocasión que la brindaba de ayudar a quien en justicia lo necesitaba, rogó al Doctor hiciera reservar una incubadora especial, en la mejor clínica de la ciudad, para el ser que llegase al mundo, encargándose ella misma de todos los gastos.

Dios debió de sonreír. Él dijo: «*Amáos los unos a los otros*». Esta vez su voz era oída.

María tuvo felizmente un niño que, conforme lo había dispuesto el Doctor, fué llevado enseguida a la incubadora.

Cuando la madre pudo abandonar el lecho salió a ver a su pedazo de corazón para cubrirlo de besos.

Con las recomendaciones del Doctor que procedían de la excelente protectora desconocida, María pudo obtener la autorización de ir

a ver a su hijo antes de las horas de visita reglamentarias. Ello la permitía estar más tiempo al lado de su querubín, libertar sin límite las explosiones de su ternura y retirarse luego al punto de la hora oficial de las visitas. De este modo evitaba el encontrarse allí junto con los que la fortuna había favorecido, y sustraerse al tormento de la comparación de medios de existencia, sobre todo pensando en el día en que su nene saldría de aquella casa.... ¡Los demás niños eran tan ricos y él nacía tan pobre!

Cierta tarde, durante su acostumbrada visita, observó con sorpresa la semejanza que tenía a su hijo uno de los demás angelitos. La enfermera calificó, en efecto, de sorprendente tal coincidencia.

Desde entonces María no olvidaba, en sus visitas, al que parecía gemelo de su hijo, dedicándole ciertos mimos que le hacían sonreír.

*
**

Algunos días después ocurrió una desgracia en aquella casa de infantes. María estaba en

ella, sola, como siempre, mientras las empleadas comían. Eran cerca de las dos y media de la tarde; las horas de visita empezaban a las tres. Ya llevaba un largo rato al lado de su hijito que, gracias a las bondades de su protectora era otro, sano y alegre como ella con sus medios no lo hubiera visto nunca, cuando, guiada por su compasión por los demás angelitos, compañeros de su pequeñín, que debían mirarla como preguntándola por qué no les decía nada, pasó por delante de cada incubadora repartiéndole su ternura de madre y mujer. Pero al encontrarse frente a la incubadora del que se parecía tanto a su hijito, vió en él algo que la inquietó: «¿Qué tiene?—exclamó contemplando el cuerpecito inmóvil del niño.—No corresponde a mis mimos..... no se mueve.... ¡Dios mío, si está muerto!» En efecto, María puso una mano en la frente de la criatura y la sensación marmórea trascendió a su corazón.

Algo sobrenatural se apoderó de su cerebro: el dolor de la muerte de aquel niño la hizo pensar en mil cosas distintas. En primer lugar comparó la diferencia de cuna de su hijito y del que dejaba de existir: la del primero tan pobre; la del segundo de sábanas de Holanda. A continuación vió la risa de su nene y el desecaje del rostro del muerto ¡Qué contraste! ¡La alegría estaba de parte del que no tenía nada que pudiera asegurarle el mañana en la vida! Luego asistió, espiritualmente, a una escena desgarradora: los padres del niño muerto, ricos industriales, lloraban junto a él. La madre vertía lágrimas de sangre sin poder resignarse a creer que era cierto lo que sus ojos

veía. El padre, dominándose, intentaba arrancarla de allí mas ella se resistía: pedía que la devolvieran su tesoro, perdido con la muerte de su hijo.

Después, su vista posóse en el reloj..... eran las tres menos diez minutos; cerca andaba la hora de marcharse. De súbito una idea la obsesionó: pensó que en aquellos instantes estaba en sus manos la felicidad o la pobreza de su hijo. Con ella no llegaría nunca a salir de una situación insostenible. ¿Por qué, pues, vacilar en asegurarle de una vez, un brillante porvenir? El *Amor de Madre* no acepta, acaso, cuantos sacrificios son necesarios para que un hijo sea feliz? Entonces, ¿por qué ella no se decidía inmediatamente a sacrificarse por el suyo? Su parecido al muerto podía hacerle pasar por él. Era cosa fácil cambiar de sitio las dos incubadoras. ¡Eran las tres menos cinco! Se notaba movimiento alrededor de la sala de incubadoras. La dependencia reintegrábase a su sitio. No había tiempo que perder para que nadie notara el cambio.

Un temblor se apoderó de ella.... ¡Qué iba a hacer!.... se acercó a su hijo, le miró fijamente y.... en un momento de sublime renunciación permutó las dos incubadoras.

¡Su hijo viviría, podría ser feliz! ¡Qué mal hacía en ello!

Y, más que corriendo huyó de la clínica, presa de una angustia terrible. Tenía frío y no lo hacía. Se sentía inundada de lágrimas y no podía llorar. Entró en una Iglesia y ante la Imágen de la Virgen de los Desamparados salvó el dique de su llanto y la imploró:

«¡Madre mía!.... perdóname... y protégele!...

La noche la sorprendió en sus súplicas a la Madre de los pobres.

No durmió.... tenía remordimiento.

Al día siguiente, María quería aliviar su conciencia contando la verdad al Doctor, su buen amigo que enterado ya de la defunción del hijo de su protegida supuso que iba a rogarle la proporcionara una colocación.... Sentía vivamente lo ocurrido y como siempre estaba dispuesto a prestarla su apoyo. María no pudo hablar; las palabras reveladoras se ahogaban en su garganta:

—Resignación, María;—la dijo el Doctor,—si a pesar de los cuidados que se le han prodigado su hijo no ha podido vivir, considere usted que es preferible lo haya usted perdido ahora que más tarde.... Se ha hecho cuanto se ha podido, no lo ignora usted. Seré nese, María, estas cosas sólo tienen un remedio: seguir los consejos de un amigo como yo. Esté usted tranquila; me ocuparé de encontrarle alguna cosa.... ¡Vaya usted con Dios, María!

El secreto no había podido ser descubierto.

*
**

Pasó una semana. María no había logrado acallar el remordimiento que la torturaba sin piedad. La muerte habría sido preferible a aquel suplicio.

La Virgen se compadeció de tanta amargura e hizo que el Doctor Ducros, que contaba entre sus clientes a la familia del rico industrial, señor Lefranc, de la que formaba parte como hijo legítimo el hijo de María, salido ya de la Clínica, tuviera motivo para recomendar sus servicios como ama de cria de la criatura. Precisamente los «padres» buscaban una nodriza pues la que pensaban tener, se vió obligada a dejar la ciudad.

La señora del industrial preguntó al Doctor si María estaba en buenas condiciones para criar a su hijo.

—«Mi recomendada es la madre del niño que murió hace una semana en la Clínica—contestó el interpelado—. No está muy fuerte ahora debido a sus muchos sufrimientos físicos y morales pero su constitución es robusta y, bien alimentada, será una excelente ama. La alegría de esta pobre madre sería inmensa si ustedes la admitieran.»

El «padre» estaba satisfecho de haber encontrado la mejor nodriza que podía esperar: una madre que acababa de perder a su hijito.

¡Quién mejor que ella cuidaría al suyo como si fuese el otro!

María no sospechaba tamaña gracia del cielo. Por una feliz casualidad reunióse con el amor de su vida. ¡Qué buena era la Virgen!

*
**

Siete años después, el niño Santiaguito Lefranc, su hijo, estaba hecho un hombrecito. Una mañana María tuvo un presentimiento: su permanencia en aquella casa ya no era indispensable. El niño vió su pesar y sereno, como si comprendiese la importancia de sus palabras la dijo: «Tú no te marcharás, ama, porque yo te quiero mucho y no podría separarme de tí. — ¡Hijo de mi alma!, sollozó la madre.

El temor de María no era infundado: los «padres» la dijeron que se veían precisados a prescindir de sus buenos servicios porque el niño ya era mayor y lo que necesitaba era una institutriz. María palideció..... las dos mujeres se miraron: estaban emocionadas. El niño que presenciaba la escena oculto, corrió hacia su padre, se le cogió al cuello y llorando le pidió que no despidiera a su ama. La criatura, con

su espontáneo gesto de cariño tan puro, tan hondo, enterneció a sus mayores..... y una voz salió del silencio:

— ¡Se quedará usted en la casa, para siempre, ama!

La bondad del cielo era infinita:

Algunos años más tarde murió el industrial y su «hijo», Santiago, Ingeniero meritísimo, tomó la Dirección de la fábrica. Su carácter jovial y sus bondades le granjearon las simpatías de sus subordinados.... particularmente la de su secretaria Margarita, linda joven de diez y ocho años, muy seria y trabajadora, sin más familia que su hermano Jorge, Ingeniero mecánico que como ella trabajaba a las órdenes de Santiago, en calidad de ayudante. Ambos hermanos, al igual que todos los demás subordinados, estaban muy satisfechos de la consideración con que eran tratados por el principal.

María administraba el hogar doméstico. La «señora», amante del lujo y de los placeres mundanos, tenía depositada su confianza en ella, necesitando el tiempo para otras cosas menos monótonas que el cuidado de una casa..... La antigua nodriza era como de la familia. ¡Qué orgullosa estaba de la inteligencia y educación de su hijo! ¡Cómo la correspondía él! Sin saber que ella era su madre, Santiago la quería indudablemente más que a la ficción tenida por verdadera. En verdad, no era fácil olvidar los desvelos pasados por ella para dulcificarle la vida. No había pedido ningún premio y recibía el más valioso que pudiera imaginarse!

En aquel entonces la fábrica atravesaba una alarmante crisis económica producida por inopinada baja de valores. El Presidente del Consejo de Administración de la Sociedad, íntimo amigo del señor Lefranc padre, fué a ver al sucesor y le expuso claramente sus ideas:

—Ya conoces la situación de los establecimientos, Santiago. Es necesario encontrar algo, de lo contrario se nos echa encima la ruina.

—¿Ha pensado usted en alguna solución?—le confesó aquél.

—Sí; a dártela he venido. En tu mano está el sacar a flote el negocio..... casándote,—prosiguió el Presidente.

—Pero, ¿qué relación puede tener mi casamiento con la prosperidad de la casa?—preguntó Santiago.

—La aportación de una dote considerable. He encontrado un partido interesante: la señorita Barnier, que por supuesto conoces; una de las buenas fortunas actuales. ¿Quieres que prepare el terreno?...

—¡No! No es preciso precipitarse en cosas tan serias,—repuso Santiago,—eso es para pensarlo despacio. Además, no tengo la intención de casarme..... mi fé está puesta únicamente en mi motor..... mi invento que puede darnos sorprendentes resultados económicos.

—Creo en tu talento, Santiago, pero la realidad no se anda con remilgos.....

La amistad con tu difunto padre me permite hablarte de este modo.....

—Sea usted optimista, querido amigo; la suerte se decidirá en breve.

De regreso a su casa, Santiago contó a su ama la conversación habida con el amigo de la familia y la pidió su opinión respecto a la solución presentada. María, agradecida a tal confianza, le aconsejó bondadosamente:

—Hijo mío,—le dijo—la felicidad no se halla con dinero; es una cosa que llega por sí sola, que brota de improviso, que no pasa dos veces en nuestra vida. Escucha a tu corazón y sigue sus consejos.

Simultáneamente, Margarita hablaba con su hermano sobre la marcha de los negocios de la fábrica. Jorge tenía también puesta toda su fé en el motor de Santiago y Margarita se extasiaba oyendo las alabanzas de su principal.

*
**

Unos días después Santiago, secundado por Jorge y algún operario, efectuaba los ensayos preliminares de su motor que había de presentar por la tarde al Consejo de Administración de los Establecimientos, en funcionamiento perfecto.

Apenas puesto en marcha, el motor hizo ex-

plosión lanzando al aire sus cascos de hierro, algunos de los cuales dieron en la frente y cabeza del inventor. La noticia de la herida de Santiago cundió con emoción por todo el personal de la casa. ¡Qué desgracia!

El Doctor fué llamado con urgencia; visitó al herido y se reservó el emitir su diagnóstico al momento.... El caso era delicado, requería mucho cuidado, nada más. Una hermana de la caridad era indispensable para velarle.

María, presente a las declaraciones del Doctor, se opuso a que se llamara a nadie de fuera, pues ella estaba allí, y mientras le quedaran fuerzas, —¡casi agotadas por cierto!— cuidaría al herido. El Doctor y la «Señora» no querían aceptar tanta abnegación, viéndola tan cansada, mas su insistencia venció. ¡Ella se debía a su hijo; que nadie más le tocara!

Mientras por un lado María combatía con acierto la fiebre de su hijo, por otro Margarita en lucha con sus sentimientos preguntaba temblorosa a su hermano cómo había ocurrido el accidente. Su impaciencia sorprendió a Jorge y la contestó:

—¡No te pongas así, Margarita, estás temblando... te va a dar algo... No está grave, hay esperanzas!

—¡Oh sí, que viva, Jorge, que viva!

Jorge comprendió y la abrazó dulcemente:

—¿Estás enamorada de él? ¿Habrás sido capaz de olvidar que es un imposible... una quimera vana... ¡Pobre hermanita!

Santiago fué mejorando. Ya se levantaba. Los maternales cuidados del ama habían hecho el milagro de su rápida convalecencia. Des

meses a Niza bastarían para restablecerse completamente.

Margarita iba diariamente a llevarle el correo y ello la daba motivo para ver por sus propios ojos la mejora de Santiago y oírle llamarla por su nombre. ¡Su voz la seducía!

María sorprendió las tiernas miradas que Margarita dirigía a hurtadillas a su hijo y sonrióse. La muchacha era bonita y buena.... ¡si Santiago se fijara en ella.... y por si aquellas no eran bastante elocuentes confirmó su creencia el gesto de contrariedad que hizo la joven cuando Santiago la enteró de su partida para Niza.

Inconciente, Margarita preguntó:

—Volverá usted pronto, ¿no es verdad?

Santiago iba a contestar unas palabras amables pero el ama acudió a dar un buen giro a aquella escena:

—¡Ya puedes afirmar que tienes una secretaria muy adicta....!—dijo a Santiago.

—La señorita Margarita es la mejor secretaria que he tenido. Es una verdadera taquígrafa....—respondió él.

Santiago sólo veía sus negocios; para lo demás tenía una venda en los ojos.

*
**

Santiago partió para la Ccs'a Azul. En ella encontró a la señorita Barnier, cuya familia veraneaba allí todos los años, y en honor a la verdad la aristócrata le gustó. Su belleza le atraía como imán poderoso y la elegancia de sus gestos era exquisita. El amigo de la familia no había tenido mal gusto, pensó Santiago. Y se propuso estudiar a la hermosa afortunada.

En los paseos y juegos colectivos de la juventud veraneante Santiago procuraba colocarse siempre al lado de la señorita Barnier y ciertamente ella le correspondía facilitándole sus propósitos. De los muchos pretendientes que ella tenía no cabía la menor duda que Santiago era el preferido y ello le animó a proseguir en su cortejo.

Enterada del interés que Margarita y Jorge ponían a todo lo que afectaba a Santiago, María los visitaba con frecuencia para enterarse de la marcha de los negocios de los Establecimientos Lefranc. La crisis económica no estaba todavía despejada pero la fé en el motor ideado por Santiago, del que Jorge estaba a punto de terminar la reconstrucción, daba esperanzas..... Esa prueba de confianza, a la que iba unido un cariño verdadero, llegaba al alma de la madre como algo muy suyo.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA



Su alegría, cual corriente eléctrica, se transmite a Margarita reanimada... un fuerte apretón de manos es prueba de ello....



*¡Estaba muerta!
¡La alegría la había matado!*

Escenas de

AMOR DE MADRE

Protagonista:

Mlle. Madys

La que con mayor optimismo discutía los futuros éxitos del inventor era Margarita. Hasta entonces había permanecido callada escuchando la conversación que sostenían su hermano y el ama pero no pudo reprimir por más tiempo sus ideas acerca del talento de Santiago.

—Que nadie lo dude—exclamó con vehemencia—el principal vencerá, no les quepa la menor duda repito. Es tan bueno, tan inteligente que merece eso y mucho más. Yo le conozco; sé como es. Si le vieran ustedes en su mesa de dibujo, batallando con las curvas y las rectas, no les quedaría a ustedes más remedio que creer en él. Si el mérito es recompensado, el principal lo será con creces.

María y Jorge quedaron sorprendidos. No esperaban la llegada de un aliado tan elocuente. Jorge la detuvo en su discurso:

—¡Chica, serias capaz de convencer al más incrédulo!

El ama complacida del calor de que estaban impregnadas aquellas declaraciones improvisadas, intervino:

—Siempre ví en usted una señorita de corazón pero no la suponía tan fiel a su principal. Eso es muy bonito y yo se lo agradezco como si sus buenos deseos me interesaran personalmente.

Margarita sintió en su pecho las miradas que se dirigieron mutuamente María y su hermano. ¡Había hablado demasiado! ¡Hay tantas cosas que no se pueden ocultar!

Jorge terminó al poco tiempo el motor y efectuó él mismo los ensayos preliminares. Las

angustias vividas podían encontrar el olvido instantáneo si el resultado de aquellos era favorable. Con febril impaciencia maniobraba Jorge en torno del aparato... el arranque se hizo satisfactoriamente... las revoluciones se se afirmaban... nada anormal se notaba en el funcionamiento..... Un grito rasgó el aire y fué repetido por todos los que asistían a las pruebas. ¡Vival!

El éxito del nuevo motor era rotundo, sin precedentes.

A un tiempo, Jorge mandaba un telegrama a su jefe, poniéndole, al corriente de su triunfo y le felicitaba en nombre de todo el personal a sus órdenes; María lloraba de alegría dando gracias al cielo y Margarita colocaba fervorosamente en su corazón virgen al hombre en quien ella creía por encima de todo.

Todas las esperanzas estaban ahora puestas en las regatas de canoas en las cuales debía tomar parte Jorge pilotando una canoa movida por el motor de Santiago.

Si se batía el record la fortuna invadiría las puertas de los Establecimientos Lefranc.

*
*
*

Contrariamente a la primera impresión recibida Santiago notó en la señorita Barnier ciertas cosas que no le parecieron dignas de una

mujer sensata. En el salón de baile confirmáronse sus revelaciones; apenas aquella acababa de bailar con él le plantó para unirse a un grupo de jóvenes y amigas suyas en animada plática. Luego bailó con otros con cierta falta de corrección en ceñirse con su pareja... Durante los intermedios prestaba atención a las letanías de sus pretendientes y llegaba inclusive algunas veces a premiarles una buena ocurrencia posando en sus labios el cigarrillo del espiritual..... Esa frivolidad malsana no era de buen augurio para Santiago.

Retirado que fué a sus habitaciones escribió a María, su ama, su mejor consejera, la siguiente carta:

«Querida ama: No te inquietes por mí, pues ya estoy casi restablecido. Pero tú, que tanto te fatigaste, sé prudente ahora y descansa. ¡Te lo exijo!

He visto a la señorita Barnier. Creo que no será esta muchacha la que llevará mi nombre, no es el género que me gusta.....

Ya sabes como soy: mi mujer habrá de ser modesta, buena y con un gran corazón en el que quepa yo solo.....

No te olvida nunca tu. —Santiaguito».

Este escrito evidenciaba los buenos sentimientos del que lo enviaba, fiel reflejo de los de su madre... que, leyéndole, reconocía en él al hijo de su sangre.

Decididamente la señorita Barnier no convenía a Santiago. Las teorías de que era partícipe desconcertaban al ingeniero, que no podía tolerarlas. Para dar el último paso en aquel asunto, Santiago aprovechó la ocasión que le

brindaba un encuentro fortuito para preguntar a la aristócrata:

—¿Me permite usted la pida una cosa, señorita?

—Se lo ruego....

—¿Qué piensa usted del matrimonio?

—Muy sencillo, opino que, amándose, marido y mujer deben guardar la libertad de sus actos....

Santiago no necesitaba oír más de aquellos labios hermosos, ajenos a la decepción que producían los convencionalismos de su dueña. ¡No! No se ocuparía más de ella, no le interesaba su modo de ser.

Así que recibió el telegrama que le había enviado Jorge preparó sus maletas y emprendió el regreso hacia su casa.

María le recibió con grandes muestras de alegría y venciendo un primer escrúpulo—había gente delante—le besó en la cara. ¡Qué buen mozo era el chiquillo de antaño!

Por el contrario su madre ficticia estaba furiosa:

—¿Qué has decidido respecto a la señorita Barnier?,—le había preguntado.

Santiago la dijo:

—Es bella, es rica, pero su manera de pensar no me gusta... prefiero una mujer formal para hacer de ella mi esposa.

La resolución de su «hijo» echaba por tierra un castillo de ilusiones....

Margarita por su parte también reservaba una sorpresa a su buen principal. ¡Oh, no era nada, una tontería! Había colocado sobre su mesa de trabajo unas violetas olorosas....

Santiago apareció en su despacho acompañado por el Presidente del Consejo de Administración de las fábricas. Margarita estaba muy contenta de verle. ¡Volvía más guapo!—Por lo menos así lo suponía ella.

Con la llegada de Santiago, Margarita recobró su alegría... desaparecida durante su ausencia. Le tomó gran cariño a la correspondencia que despachaba, mayormente cuando, sin querer oírla, se enteró de la conversación de su principal con el Presidente.

—¿Qué tal ese viajecito por el mediodía de Francia? La vida es un encanto en la Costa Azul, ¿no es cierto? Es el lugar donde el que va por un mes, se quedaría años enteros....

—¡Es maravilloso aquel cielo!

—Y las mujeres, hermosas, ¿no es verdad? A propósito: ¿qué me dices de la señorita Barnier?

—Amigo mío, a pesar de todos mis deseos de complacerle, no soy candidato a la mano de su recomendada... mi única esperanza está ahora en el motor.

Margarita agradeció hasta el fondo de su alma la contestación de Santiago.... fué tan brusca la sorpresa relativa a la señorita Barnier que rompió la punta de su lápiz sobre el blanco papel....

El Presidente, menos satisfecho, se despedía de su amigo y se marchaba pensando por lo bajo que la juventud no atiende los consejos de las personas que, mejor que ella, conocen lo que es la vida y cómo ha de vivirse. El buen señor perteneciente a generaciones preferitas, tenía por lema: «Poderoso caballero es

Don Dinero» refrán olvidado por la juventud sensata del presente.

Al quedarse solos en el despacho Santiago vió el «bouquet» de humildes violetas.... Margarita se hallaba casualmente a su lado tomando taquigráficamente el redactado de algunas cartas. Las preguntas de su principal la cortaban el aliento—¡por Dios, que no la preguntara si había sido ella quién había puesto aquellas flores allí! ¡No podría contestarle!

Santiago comprendió la delicadeza de su secretaria con motivo de su regreso, completamente repuesto, y sin ir más adelante en sus preguntas, innecesarias, agradeció a aquella su fina atención.

*
**

El día de las regatas de canoas llegó. Jorge se trasladó al puerto de mar donde habían de efectuarse. Lucharía con la muerte si fuera preciso para dar la gloria a su casa, principalmente al inventor del motor instalado en la canoa.

En la estación de la Telefonía sin hilos un empleado de los Establecimientos Lefranc es-

peraba las noticias para transmitir las por teléfono a su principal.

En los citados Establecimientos, toda la dependencia se hallaba reunida en la sala principal esperando el resultado de la Gran Prueba.

Algunos empleados que habían podido lograr medios particulares de comunicación esperaban conocer, inmediatamente después de ser pronunciado, el fallo del Jurado clasificador.

En el despacho de la Dirección hallábanse únicamente Margarita con Santiago. Este mantenía apoyado contra su oreja el receptor telefónico; Margarita, a su lado, tenía preparado lo necesario para tomar apuntes.

Dentro de breves momentos iba a decidirse la suerte de centenares de familias obreras.

La excitación nerviosa desencajaba a Santiago las facciones de su rostro.

Margarita estaba pálida y apenas se movía: parecía que quería contener la respiración para oír mejor a través del receptor las noticias que iban llegando.

Las llamadas intermitentes se sucedieron:

—«Los concursantes se colocan en línea»

(Expectación. Imaginariamente Margarita y Santiago presencian la preparación de la salida.... Rodean a Jorge de una aureola gloriosa....)

—«¡Ya han salido!»

(La inquietud empieza a apoderarse de aquellos dos seres al pie del teléfono)

—«Van a tomar el primer viraje»

(Se interrogan con la mirada....)

—«Primera vuelta.... ¡Jorge segundo!»

(La palidez de Margarita se acentúa. ¡Dios

mío! murmura. Santiago grita para sí ¡Animo Jorge!

—«*Segundo viraje.... Jorge se queda atrás!*»
(Margarita se apoya en la mesa.... está descompuesta, la duda, a pesar de su confianza, la vence sin compasión. Santiago, abatido, cambia de mano el receptor del aparato y como Margarita se apoya en la mesa.... su mano tropieza con la de aquella juntándose inconcientemente. Silencio mortal.)

—«*Jorge vuelve a ganar en la línea recta!*»
(¡Bravo, Jorge! ¡Hurrah!—grita Santiago. Su alegría, cual corriente eléctrica, se transmite a Margarita reanimada.... un fuerte apretón de manos es prueba de ello....)

—«*¡Se redoblan los esfuerzos..... La lucha está en su apogeo!*»

(Las miradas de Margarita y de Santiago se cruzan. Los dos piensan lo mismo, los dos viven los mismos terribles momentos..... Con sus manos se comunican valor....)

—«*¡Jorge..... a la cabeza!*»

(¡Qué golpe!.... Los minutos están contados. Ahora más que nunca necesitan estar serenos. Santiago implora a la mano de Margarita le dé fuerzas para resistir aquella situación. La taquígrafa despierta a la realidad y en su misma inefable dicha intenta separar su mano de la de Santiago. Este no ha echado de ver la emoción que la embarga al contacto de la suya y en lugar de corresponder al gesto de Margarita aprisiona con mayor dulzura su manecita.... que tiembla.)

—«*El número 7 acelera la marcha.....*»

(¿Qué? Adelantará a Jorge?)

—«*¡Atacan la última vuelta!....*»

(Santiago no puede permanecer más al aparato.... Está mareado; el sudor baña su frente.... la emoción es demasiado fuerte. Margarita está febril.... Santiago la ruega tome el aparato....)

—«*¡Los últimos quinientos metros!*»

(El momento sublime se acerca.)

—«*¡Jorge..... a la cabeza!*»

(Margarita, ¿es eso cierto? ¿Ha oído usted bien.... está usted segura de ello?....—pregunta Santiago presa de una intensa crisis nerviosa.)

—«*¡Victoria!....*»

(¡Estamos salvados!—clama Margarita dejando el aparato.)

Se oye el chasquido de dos besos y la voz de Santiago velada por la emoción:

—¡Cielos! ¡Margarita.... la gloria es nuestra!

En su transporte de felicidad Santiago, sin meditar lo que hacía, besaba con efusión a Margarita.

Pero pronto cesó en sus expansiones, hijas de la inmensa alegría recibida: Margarita se había puesto triste, desde que Santiago la besara. Este último comprendió que había obrado a la ligera, pero sin arrepentirse de lo que había hecho.

¿Su gesto no correspondía acaso a un sentimiento poderoso que los ojos y el rubor de Margarita habían despertado en su corazón durante los angustiosos momentos del teléfono?

Margarita había sufrido como él—por él—y también llorado de alegría como él—por él—al recibir la feliz noticia. ¡Ya no estaba ciego!

¡Por fortuna, con un triunfo ganaba la mayor gloria soñada!

Se acercó a Margarita, buscó su mirada, la cubrió con la suya con tal ternura que, instantáneamente, se oyó como el batir de alas de dos palomas que se buscaban desde tiempo y al fin se reunían.

Margarita creía soñar.....

El personal de los Establecimientos acudió de pleno a felicitar a su Director, cuya carrera estaba ya trazada con letras de oro.....

El ama, la verdadera madre del inventor, no pudo esperar el regreso de su hijo al hogar para oír de sus propios labios la gran noticia.

Su deber de madre la obligaba a estar presente a todas las manifestaciones de alegría o de tristeza de que fuera objeto su hijo. ¡Para eso era madre y sólo para eso una es madre!

Cuando Santiago vió a su ama le salió al encuentro y, tomándola aparte, la declaró:

—Ya conozco a la mujer que ha de hacerme feliz.... ¡Mírala... qué hermosa y qué buena es!

Amorosamente, señalaba a Margarita... que ocultaba las perlas finas de sus ojos perdiéndose en el vacío.....

El ama había previsto antes que nadie aquella escena ¡La mujer no habla pero se hace comprender!— habíase dicho. En efecto, el amor de Margarita y Santiago nació sin palabras;.... ese es quizá el amor más verdadero.

*
**

Tres meses más tarde, el negocio había tomado un nuevo giro con viento muy favorable. ¡Era la prosperidad que volvía!

Santiago venció los inconvenientes que su madre ficticia ponía a su casamiento con Margarita y la boda se efectuaría una mañana de Mayo florido.

Marta, enferma, casi agotadas sus fuerzas quiso, a pesar de los consejos del Doctor, asistir a la ceremonia..... pero no figurando como de la familia..... iría sola..... no quería que nadie la viera.

El día de la boda era esplendoroso. El cielo participaba a la fiesta luciendo sus mejores galas.

Marta ya estaba en la iglesia cuando llegó la comitiva. Detrás de una columna podía presenciar la ceremonia sin ser vista. ¡Todos la creían en cama, como le había ordenado el Doctor!

La ceremonia del enlace fué acompañada por una orquesta que, cual lágrimas, exhalaba sus notas melancólicas en la mansión de Dios.

El acto con estas circunstancias era imponente.

María lloraba..... veía como su HIJO y Mar-

garita se cambiaban la alianza para toda la vida.... Recorrió con la vista las paredes de la nave en que se hallaba y vió a la Virgen de los Desamparados frente a ella. La emoción no la dejaba respirar..... quería andar y sus piés no conseguían moverse..... Desde la columna en que estaba apoyada agradeció a la Virgen bendita las mercedes que habían recibido del Cielo ella y el hijo de sus entrañas.....

—¡Gracias, madre de los Desamparados, por haberme concedido esta suprema dicha!

El oficio terminó. La comitiva se puso de nuevo en marcha. La alegría de María, la MADRE MARTIR, al contemplar a los felices novios tan bellos, con tantas ansias de amarse mucho, era inmensa, demasiado grande.

El Doctor se lo había dicho: «Una fuerte emoción puede serle fatal.»

Quería gritar que Santiago era su hijo, abrazarse a él para que no la separaran nunca de su lado, oírse llamar MADRE, por él, siquiera una vez, delante de todos. Estaba como loca... su corazón no le cabía en el pecho... se le iba la vida.....

En efecto; la sonrisa que se dibujara en sus labios, desaparecía lentamente en bruscas contracciones..... las fuerzas la abandonaban... se caía... quería pedir ayuda... no pudo... su voz era imperceptible..... Fijó sus ojos extraviados en la imágen de la Virgen como si la implorase no abandonara a su hijo cuando ella no existiera, y con las dulces palabras: «¡Hijo mío!» a flor de labio, cayó al suelo pesadamente.

¡Estaba muerta!

¡La alegría la había matado!

La comitiva, ajena a aquella ironía de la vida, se alejaba, sin que nadie notase, desde aquel boceto de felicidad, el triste cuadro que representaba el más sublime AMOR DE MADRE.

FIN

NUMEROS PUBLICADOS

Número	NOVELA	Postal-fotografía
1	No hay juegos con el amor	Douglas Fairbanks
2	El Valle Florido	Mary Pickford
3	Amor de madre	Charles Chaplin

Próximo número:

La finisima novela, adaptación
de la grandiosa película

La Virgen de las Rosas

POSTAL-FOTOGRAFIA:

PEARL WHITE (PERLA BLANCA)

NO DEJEN DE ADQUIRIRLA

EXIJIENDO SIEMPRE LA POSTAL

No deje Vd. de comprar todos los números de LA NOVELA SEMANAL CINE-MATOGRÁFICA y sabremos corresponderle con mayores sacrificios, invariablemente al precio increíble de 25 cts. Adquiriendo todos los números, podrá formarse la más elegante y artística GALERÍA FOTO-CINEMATOGRÁFICA de las más célebres figuras de la pantalla
¡COMPRADLA TODOS!

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(pago anticipado)

**BARCELONA
Y PROVINCIAS**

Año 12 ptas.

Semestre 7 »

EXTRANJERO

Año 18 ptas.

Semestre 10 »

**PORTUGAL, AMÉRICA
Y FILIPINAS**

Año 14 ptas.

Semestre 8 »

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal.